

# El perfil del historiador de la Iglesia

## Perspectiva latinoamericana

Néstor Tomás AUZA

Trazar el perfil del historiador de la Iglesia en América no es tarea sencilla, dada la extensión del continente, la variedad de países, la diversidad de situaciones culturales en que se encuentran y el tipo de producción bibliográfica. Diseñar algunas categorías de perfiles implica, necesariamente, un relativo grado de generalización y, por lo mismo, cierta ausencia de precisión. Haremos, por tanto, un esfuerzo por establecer algunas categorías de perfiles válidos para encuadrar, al menos globalmente, a quienes cultivan la investigación en torno a la historia de la Iglesia, con la esperanza que esta aproximación permita una mejor comprensión del estado de la cuestión en nuestro continente.

En América la historiografía referida a la Historia de la Iglesia es tardía y puede establecerse que, como término general, ha comenzado a producirse a partir de los primeros decenios del siglo XX. Con anterioridad no puede hablarse de una producción encuadrada, aunque sea con criterio amplio, en lo que hoy entendemos por historiografía referida a la Iglesia. Hay, sin duda, materiales que, con un criterio exclusivamente benigno, podrían incluirse en esa categoría, pero más bien deben clasificarse en la de fuentes para la historia de la Iglesia.

La producción referida a la Historia de la Iglesia es un producto derivado de un conjunto de factores, consecuencia de un conjunto de circunstancias, algunos de los cuales son externos a la Iglesia misma, y otros son fruto de un proceso de maduración eclesial, producido en su interior, de autoconciencia crítica, que la orienta en la búsqueda de su propia singularidad y, generalmente, del propósito de recuperar la memoria. Los factores

de uno y otro sector no se conjugaron simultáneamente en el siglo XIX, de modo que no se produjo una reflexión histórica generalizada, una descripción e interpretación de su pasado. Las escasísimas obras que en este sentido podrían catalogarse no dan origen a una literatura que pueda ser considerada como historiografía de la Iglesia.

El factor externo a que aludimos, debe buscarse en los conflictos que enfrentan a la Iglesia y el Estado, al producirse la gestación de las nuevas nacionalidades que se prolongan con diferencias diversas, en el periodo de formación de los Estados nacionales y de la etapa de su organización y consolidación jurídica y política. Esa etapa cubre, en términos generales, la segunda mitad del siglo XIX. Es en ese mismo período cuando comienza a conformarse en cada país lo que podríamos denominar la historiografía nacional y, si bien ello se produce en forma muy incipiente al principio, con posterioridad, al finalizar el siglo, entra a consolidarse con algunas obras fundamentales que se escriben acentuando los aspectos militares, civiles y organizativos del Estado, sin otorgar lugar alguno a los factores religiosos o eclesiales, y si los incluyen es, generalmente, para combatirlos, ya que esa producción está dominada por una metodología positivista y una concepción laicista de la vida. La razón de ese punto de partida debe hallarse en que esa producción historiográfica nace en un clima intelectual que es poco propicio a la Iglesia como institución, en virtud de la desinteligencia producida en la sociedad, por un lado, por la búsqueda de un sistema de inserción de la Iglesia en la organización política de los nacientes Estados y, por otro, por la herencia del Patronato que el Estado no desea perder y que la misma Iglesia no se propone abandonar dada la mentalidad heredada. El desencuentro que se produce entre los modelos políticos de Repúblicas y organización política y el modelo de cristiandad hispánica que el clero nacional hereda y cuyas prerrogativas desea conservar, será causa de múltiples conflictos, enfrentamientos y desacuerdos entre Iglesia y Estado. Buena parte de la energía de la Iglesia institución y del catolicismo militante se agotan en tales luchas y en la resistencia a las nuevas corrientes culturales que provienen de Europa e incorporan, en términos generales, un programa secularista.

No hay, en tales circunstancias, entre quienes consolidan el ordenamiento político del Estado, al igual que en el interior de la Iglesia, entre quienes aseguran y ordenan la institución eclesial, un clima favorable para pensar en la propia historia; más aún, los representantes más viejos, tanto del Estado como de la Iglesia, son a fines del siglo todavía testigos y fuente

oral de la formación de la nacionalidad y de la situación de la Iglesia y, en cierta manera, representan la historia de lo que ha ocurrido en los últimos ochenta años, la historia viva que se transmite oralmente.

Por otro lado, la naciente historiografía, sus cultores más renombrados y los temas dominantes sobre los cuales escriben la historia nacional se refieren a la historia civil y militar, los sucesos de la Independencia y las acciones de los principales protagonistas. No hay lugar en esos escritos para los temas religiosos, ni interés por indagar el papel de la Iglesia y mucho menos su historia en particular. El historicismo dominante, los parámetros de la ilustración que aún ejercen influencia en las mentalidades más cultas, el avance del positivismo con su orientación hacia las ciencias naturales y el cientificismo como modelo de pensamiento en los grupos dirigentes de la sociedad, constituyen paradigmas del pensamiento que no conceden espacio ni otorgan valor a los aspectos religiosos y naturalmente menos a los eclesiales.

Toda la historiografía de mayor aceptación en los medios universitarios y culturales aparece bajo tales influencias, y la presión ejercida por esa mentalidad adormece a los propios católicos que no atinan a asumir una actitud revisionista, a trabajar por la revaloración de la Iglesia, a mostrar su propia historia y comprobar su contribución al nacimiento de la nacionalidad y al proceso de formación de la sociabilidad americana.

Será necesario que el impacto de ese fuerte proceso de secularización del pensamiento fuera asumido en sus debilidades y a la vez comprendidas las posibilidades de sus propias fuerzas, para que la Iglesia —prelados, clero y católicos ilustrados— den origen a un cambio de actitud que, entre otros factores, tiene la virtud de despertar una lenta conciencia histórica y de acentuar su propia singularidad, necesidad de conocer el itinerario recorrido en el pasado y valorar su propia inserción en la cultura.

Este rapidísimo esquema tiene por objeto mostrar el trasfondo de una realidad cultural y la formación de una complicada mentalidad dentro de la Iglesia latinoamericana que la conduce recién en este siglo, a pensar en su propia historia, a reconstruir su propia trayectoria dentro del proceso continental de la Historia de la salvación. El Concilio Vaticano I (1869-1870) inicialmente y el Concilio Plenario Latinoamericano (1899) después, juegan un papel decisivo en esa toma de conciencia y constituyen dos referentes inevitables para insertar los estilos de los historiadores que se han ocupado de la Historia de la Iglesia.

Este esquema, abreviado y sumarísimo, nos parece también indispensable para comprender, cuando tiene punto de partida una historiografía de reflexión histórica y, a partir de esa producción, introducimos en el trazado del perfil de los historiadores que han escrito sobre la historia de la Iglesia. Quienes han dedicado parte de su esfuerzo en este campo comienzan a escribir en los primeros decenios de este siglo y, al hacerlo, han tenido o participado de un modelo de conciencia histórica dominante en la cultura del clero de aquellos años. El perfil, en consecuencia, de los historiadores que comienzan a indagar en la historia de la Iglesia no puede desprenderse de ese modelo que ha comenzado a imponerse en la Iglesia de América. Ese modelo es el que se elabora en Europa en general y, de un modo especial, es el que se genera bajo la influencia de Roma, cuya gravitación se hace sentir, de un modo decisivo, en América Latina a partir del Concilio Plenario Latinoamericano.

¿Cuál es el punto central de ese modelo de hacer la historia de la Iglesia? El punto central es concebir la historia de la Iglesia como historia eclesiástica. Este aspecto nos llevaría muy lejos, pero sólo señalaremos, como al pasar, que el acento que se pone en lo eclesiástico, en lo disciplinario y en lo organizativo, se manifiesta con fuerza a partir de aquel Concilio como lo demuestran las *Actas y Decretos del Concilio Plenario*.

No podemos dejar de mencionar que esa concepción de la historia de la Iglesia es tributaria de una concepción teológica o si se quiere eclesiológica, cuyas raíces pueden buscarse en el Concilio de Trento, pero que se consolida después del Concilio del Vaticano I (1869-1870). Esa concepción eclesiológica, si bien cuestionada entonces y después por muchos, es la que logra influir en la conformación de la historia aplicada al estudio del pasado de la Iglesia, en la medida que centraliza la visión en lo eclesiástico puro, a saber: episcopado, clero, órdenes religiosas, congregaciones, geografía parroquial, santoral, pastoral sacerdotal, con lo cual crea un modelo determinante para la confección de la Historia de la Iglesia.

Es por ello por lo que, en la producción historiográfica, lo eclesiástico domina como objeto de la construcción histórica en los aportes surgidos en la primera mitad del siglo XX. No deja de ser significativo que se consagre esa tendencia en Bélgica en 1904 con la aparición de una publicación de fuerte influencia como lo fue la *Revue d'Histoire Ecclesiastique* que durante más de seis décadas acoge los estudios que sobre esa temática se escribe en países europeos.

En Argentina esa corriente de la historia gravitará de un modo indudable, en especial en el clero, marcando la orientación de los estudios casi hasta nuestros días. Ya en 1915 el obispo Abel Bazán y Bustos publica el que será el primer manual de historia de la Iglesia que titula *Historia Eclesiástica Argentina* y en 1944 el episcopado dará vida a una institución colaboradora del mismo dedicada a nuclear a quienes escriban sobre la Iglesia y que llamará *Junta de Historia Eclesiástica Argentina* (1945); años después se reeditará el manual con el título de *Nueva Historia Eclesiástica Argentina* (1972).

La historia especializada referida a la Iglesia concebida como Historia Eclesiástica ha dado como resultado un perfil de historiador que ha tenido continuadores en buena parte de América y determinado, en alguna medida, los límites de su producción historiográfica. Casi de un modo inconsciente la concepción eclesiológica que subyace en el punto de partida no ha dejado de influir en el modo de hacer la historia, de concebir los temas, de seleccionar las cuestiones objeto de estudio.

Lo determinante y esencial del historiador que ha partido de esa concepción se halla en el reduccionismo metodológico, ya que, desde ese supuesto, por historia de la Iglesia se ha entendido en forma casi dominante un conjunto de cuestiones que giran en torno a lo eclesiástico, a saber: los obispos, su vida y actuación, su magisterio, el clero, el santoral, la instalación física de iglesias, la creación de diócesis, la instalación de órdenes y congregaciones, la relación Iglesia-Estado. Indudablemente, estas cuestiones y otras conexas al marco eclesiástico no dejan de ser materia digna de estudio, indudables de ser conocidas con rigor y profundidad a través de una metodología adecuada, pero esos temas por sí solos no conforman una Historia de Iglesia ya que abordan sólo una parte de las cuestiones que merecen ser conocidas y estudiadas. Ha quedado fuera de ella todas aquellas cuestiones que hacen a la esencia de la Iglesia, al universo del misterio de la Iglesia.

El perfil de los historiadores que se ubican en la concepción de la Historia eclesiástica constituyen un número muy crecido, formando parte de la misma dos grupos, a saber: aquellos que han hecho profesión de historiadores y poseen una producción regular y utilizan métodos adecuados, y aquellos que, como complemento de otras actividades culturales, han contribuido en ocasiones, y a veces con cierta regularidad, con aportaciones muy puntuales, encuadradas en un marco temporal reducido y bien determinado. La bibliografía que hoy, al confeccionar un registro de fuentes bi-

bliográficas catalogaríamos como formando parte de la Historia de la Iglesia, se conforma con la producción de una y otra vertiente de historiadores, pero es absolutamente dominante la de los segundos.

No desconocemos que la producción historiográfica determina el perfil del historiador y que, en el caso que venimos mencionando, se halla conformado por el anhelo de conocer la institución eclesial, la implantación de la Iglesia, la labor de sus figuras más sobresalientes, de sus acontecimientos religiosos más destacados, ya que esas cuestiones necesitan ser esclarecidas y contribuyen a una acabada comprensión de la Historia de la Iglesia. Sin embargo, esos estudios no satisfacen plenamente al conocimiento histórico estricto, completo de la Iglesia, no llenan las exigencias de planteos metodológicos más complejos ni responden a la problemática actual del quehacer historiográfico.

En Argentina el caso más sobresaliente de un historiador de la Iglesia que se limita al planteo de la historia eclesiástica y a la vez escribe una obra inmensa, corresponde al sacerdote salesiano Cayetano Bruno, quien elabora una obra que alcanza los doce volúmenes, editada con el título de *Historia de la Iglesia en la Argentina*. El historiador en este caso, sin bien parece mostrar con el título una visión integral y abierta de Iglesia, en realidad enfoca sólo la parte institucional, la sucesión eclesial, la formación de diócesis, las designaciones canónicas, la implantación material de instalaciones destinadas al culto, entre los aspectos dominantes que estudia, pero quedan sin resolver las cuestiones no lineales que suelen interrogar los grandes historiadores. ¿Cómo fue la transmisión de la fe? ¿Cuál fue el papel del laicado? ¿Qué papel jugaron las obras pías, las cofradías, las asociaciones? ¿Cómo se impartía el bautismo y quién preparaba para el sacramento de la comunión? ¿Qué catequesis se realizaba y con qué catecismos? ¿Cómo era la formación del clero? ¿Qué tipo de espiritualidad evidenciaba el pueblo? ¿Cuál fue el papel y qué aportaron los órdenes? ¿Qué rol espiritual y social cumplían los conventos? Estos y otros múltiples interrogantes no son tratados por esa monumental historia, que se registra con alto grado de confiabilidad para la cronología, para las cuestiones legales, canónicas e institucionales, pero en la que se observa la ausencia de hipótesis complejas y de interpretación. En este caso se evidencia el perfil de un historiador que, dominado por la visión jurídica de su formación y respondiendo a una concepción eclesiológica tácita no cuestionada, da por resuelto que el modelo de la historia de la Iglesia se determina por lo institucional eclesial quedando fuera de todo el resto de la inserción eclesial en el pueblo, de la irradiación

temporal de la fe y, en cuanto a las fuentes, se elabora teniendo en cuenta la confirmación o no que de las locales puedan dar los papeles del Archivo del Vaticano.

El modelo del historiador que trabaja en el ámbito de la historiografía eclesiástica exclusivamente y que no se aventura fuera de ella por razones de concepción eclesiológica o por razones de método, contrasta por el perfil de otro tipo de historiador que, desdeñando el camino tradicional, se interna a estudiar no ya toda la historia general de la Iglesia de nuestros países, no la historia institucional, sino aspectos parciales pero menos formales y más profundos, para entender el nacimiento y crecimiento de la fe, para vislumbrar los signos que, en última instancia, delinean la Historia de la salvación. Para este modelo los historiadores recurren a plantear nuevos problemas y cuestiones complejas, suscitados por interrogantes surgidos en los tiempos actuales que no han sido objeto de tratamiento hasta la fecha, pero también desde una perspectiva eclesiológica y teológica más amplia. Existe así un tipo de historiador que se propone estudiar problemáticas novedosas, temas parciales pero esenciales sobre los cuales poco se ha escrito y que resultan más enriquecedores que el tradicional enfoque lineal y cronológico de la vida institucional. Investigaciones relacionadas con la espiritualidad, con el proceso de secularización, con la relación Iglesia y sociedad, con la trabazón entre vida conventual y sociedad, con las categorías sociales del reclutamiento de seminaristas y religiosos, con el tipo de devocionarios en uso, las formas de la piedad popular, la proporcionalidad entre clero y población. Todas, cuestiones que no estudian las obras generales y que, sin embargo, aportan una luz en la interpretación de esa misma historia y ayudan a esclarecer su pasado y su presente.

No faltan quienes consideran a estas investigaciones ligadas más bien al campo de las ciencias sociales y no de la historia y mucho menos de la Historia de la Iglesia. En otros casos esos historiadores han sido catalogados como historiadores del catolicismo, planteando así un distinguo que merecería ser dilucidado o considerar sus aportaciones como capítulos de la Historia de la catequesis, Historia de la pastoral o de la teología.

Lo relevante de este tipo de historiador, que ofrece un perfil distinto al tradicional antes mencionado, es que ingresa a la investigación dotado de una visión teológica, con una comprensión del misterio de la Iglesia, pero también con hipótesis de trabajo más complejas, con planteamientos suges-

tivos y nada frecuentes tomados del imaginario, y usando en ocasiones herramientas sofisticadas de la técnica histórica y de las ciencias sociales, a la medida de lo aconsejado por Lucien Febvre y Fernand Braudel. Lo indudable de estos trabajos, que son generalmente monográficos, es que ilustran el saber histórico en torno a la Iglesia con perspectivas sorprendentes e iluminadoras y que, por el momento, no dan lugar a obras generales.

Este tipo de historiador, que no siempre es un profesional dedicado exclusivamente a la temática vinculada a la Historia de la Iglesia, no siempre es considerado por mentalidades más conservadoras en el enfoque teórico de la especialidad, con historiadores de la Iglesia, siendo más bien alineados en el campo de las ciencias sociales o de la historia de las ideas o de las mentalidades, aunque trabajen temas religiosos o vinculados a la inserción de la Iglesia en el mundo.

Estas cuestiones envuelven indudablemente una problemática epistemológica que necesita ser profundizada para obtener mayor precisión. Pero sin entrar en esas complicaciones nos preguntamos: ¿Es que el estudio de la espiritualidad cristiana o el papel de los devocionarios en la religiosidad, el comportamiento de los fieles dentro de la Iglesia, las formas de piedad popular, los modos de vivir la fe en determinados sectores sociales: el estudio de las acciones de promoción humana, de caridad o de servicios, así como el análisis de las corrientes sociales o la gravitación del pensamiento cristiano en la cultura, no son cuestiones que hacen a la Historia de la Iglesia? ¿No son temas sin los cuales la descripción e interpretación del Anuncio de la Palabra en la historia de los hombres pertenecientes a un pueblo quedarían parcialmente planteadas y débilmente explicadas?

Señalaremos, para caracterizar el perfil de este tipo de historiadores, algunos rasgos que permitan una mejor comprensión. El primero, que el modelo de este tipo de historiadores se halla más cerca de las corrientes historiográficas que surgen en la década de 1950 y más específicamente después de los nuevos planteamientos historiográficos modernos. Segundo, que este perfil se acomoda con mayor exactitud en la corriente de los historiadores profesionales, formados en las aulas universitarias y entrenados en técnicas epistemológicas y metodológicas muy renovadas. Tercero, que por la razón aducida se hallan dotados de un mejor instrumental de trabajo que les permite abordar las cuestiones que plantean desde problemáticas inéditas, extraer materiales de fuentes muy diversas y hacer una relectura de fuentes aparentemente trilladas hallando elementos valiosos para sus nuevos

ángulos de enfoque. Finalmente, son autores que parten de un modelo teológico de Iglesia que se elabora a partir de la reflexión teológica de postguerra y se consagra en el Concilio Vaticano II. Si tuviéramos que señalar un país en que la producción historiográfica referida a la Iglesia ha sido abundante siguiendo las líneas antes mencionadas, no dudamos en mencionar a Chile, en donde, por otro lado, los trabajos de base en ese campo son numerosos.

Una indagación en torno a los perfiles de los historiadores, que se dan en América, permite advertir la presencia en número muy crecido de historiadores de la Historia de la Iglesia que surgen de las filas del clero. Dos suelen ser los perfiles que se destacan entre quienes dan pruebas de una dedicación a los temas históricos. En primer término es clara la presencia de los que han hecho de la reconstrucción de la historia una labor profesional para la cual se han preparado técnica y metodológicamente. Son estos los historiadores reconocidos como tales, que investigan en forma permanente, consultan fuentes diversas de primera mano, tienen hábito de escribir y producen monografías, artículos y libros que poseen alto grado de confiabilidad. El rasgo dominante es que por la cultura y el oficio que poseen gozan de autoridad reconocida dentro y fuera de la Iglesia.

En segundo término se halla el perfil de los que, sin ser historiadores, sin dedicarse con exclusividad a la historia, gozan del predicamento de hombres cultos, interesados en diversas direcciones de la cultura y de ocasión y a veces, en forma relativamente continua, producen trabajos vinculados a la historia de la Iglesia.

Los primeros son generalmente capaces de producir obras sistemáticas, abordar cuestiones y periodos de estudio extensos, investigar cuestiones poco o nada estudiadas y elaborar textos que constituyen aportes valiosos para la Iglesia y la cultura del país. Los segundos son más bien monografistas, ya que enfrentan cuestiones reducidas, aspectos parciales, puntos bien determinados sin profundizar en la heurística ni utilizar los repositorios inéditos ni esforzarse por vincular su estudio al contexto de la historia general de la Iglesia en el continente ni tampoco, en la mayoría de los casos, al de la historia nacional.

Sin embargo, uno y otro, ambos perfiles historiográficos suelen coincidir generalmente en un punto: es la imposibilidad de elaborar una Historia general de la Iglesia del país. ¿Qué razones llevan a esa imposibilidad? La razón es que tales historiadores se han encontrado con un inmenso cam-

po sin labrar, sin trabajos de base, sin investigaciones previas que permitan elaborar síntesis y cruzar terrenos fuertemente trabajados. Uno y otro han tenido y aún tienen que elaborar los cimientos, remover materiales, fijar puntos sólidos, profundizar algunos temas particulares, localizar fuentes perdidas y acopiar materiales. En los seis o siete decenios de este siglo esa tarea se ha realizado en buena medida y ello ha permitido en los últimos años, la aparición de las primeras historias de la Iglesia por países del continente, que a mi entender muestran en su estructura las debilidades que hemos mencionado, lo que influye en su articulación y la falta de profundización.

Cuando nos referimos al perfil del historiador de la Iglesia que emerge del seno de la misma por su presencia al clero, es preciso recordar dos eminentes figuras cuya influencia se ha hecho sentir en toda América. Ambos han sido miembros de la Compañía de Jesús y han investigado y escrito en países distintos. Nos referimos al P. Rubén Vargas Ugarte, historiador peruano cuya labor de investigación en fuentes lo llevó a consultar archivos de Buenos Aires a Venezuela y Europa y cuya obra, extensa y valiosa, resulta siempre de indispensable consulta por la sólida factura de su producción. Su libro *El episcopado en los tiempos de la emancipación sudamericana* (1945) es un libro clásico que aborda uno de los temas más delicados del proceso del pase de la Iglesia de la Hispanidad a los gobiernos independientes hasta sus primeras décadas del siglo XIX. El otro es el P. Guillermo Furlong, historiador argentino de vasta producción, como lo demuestra el catálogo de sus escritos que supera las 150 páginas. Ha sido un historiador de un vasto saber, cuya consulta de fuentes lo llevó por toda Europa y los Estados Unidos, además de los de su propio país, al punto de no serle extraño ninguno de sus repositorios. Pero el historiador estaba, además, auxiliado por el saber del cartógrafo, del geógrafo y del bibliófilo, actividades en las cuales descuella con igual prestigio. Sus obras *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata (1536-1810)*, *Bibliografía de la Revolución de Mayo (1810-1828)*, *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses*, en cinco volúmenes, todas obras que perduran, así como siempre se recurrirá a los veinticuatro tomos de su serie *Escritores coloniales rioplatenses*. Personalmente soy deudor del cálido estímulo recibido de este historiador. Con menor dimensión pero con méritos para ser recordado, podríamos agregar el nombre de Mariano Cuevas S. J., con su obra *Historia de la Iglesia en México*, formada por cinco volúmenes.

Queremos detenernos en trazar el perfil de otro tipo de historiador, que un alto sector del catolicismo no ubicará, y con razón probablemente,

como historiador de la Iglesia y que, sin embargo, se está dando en nuestros países. Estos historiadores, salidos de las aulas universitarias, abordan cuestiones referidas a la Iglesia y lo hacen con solvencia en algunos casos. Pero la nota distintiva es que se acercan a los temas por razones puramente científicas ya que, generalmente no provienen de las filas cristianas o no manifiestan una pertenencia a la fe católica, aunque tampoco se muestran adversos a su doctrina. Ingresan por tanto en la temática religiosa o vinculada a la Iglesia por razones diversas pero dominados por objetivos de investigación ajenos a la fe, y de carácter puramente científico. ¿Qué razones llevan a estos historiadores al abordaje de tal temática? Estos historiadores provienen en términos generales del campo de la historia, de las ciencias sociales o la ciencia política y se aproximan a los temas religiosos o eclesiásticos por el interés que tales temas ejercen en relación con sus respectivos campos, pero no por propósitos de dilucidar aspectos de la Iglesia en el pasado.

Los trabajos de estos historiadores están referidos a aspectos más bien técnicos: la demografía aplicada a las creencias, el reclutamiento de los miembros de órdenes religiosas, el comportamiento de la jerarquía ante acontecimientos políticos o sociales, el magisterio episcopal y el contexto socio-político de las relaciones entre Iglesia y Estado, la Iglesia y el poder político, los obispos y los derechos humanos en determinados periodos, la Iglesia y las cuestiones sociales. El temario podría ampliarse, pero basta esta breve enumeración para comprender que varias cuestiones que pertenecen a la Historia de la Iglesia, tanto por su contenido como por su objeto, comienzan a ser tratadas por quienes poco o nada se interesan por la dimensión de la fe.

Sin dudar del rigor metodológico que suelen ostentar dichos trabajos no cabe duda de que los autores los abordan como objetos de estudio sin atender a los valores profundos que tales cuestiones envuelven o suponen, sin presupuestos teológicos y sin conocer o comprender a la Iglesia como misterio de fe. Quedan así varias cuestiones por dilucidar como: ¿Alcanzan la comprensión cabal de la Iglesia quienes, por más adecuados instrumentos de trabajo que utilicen, no incorporan en su presupuesto esa precomprensión teológica o no atienden en la interpretación la perspectiva de la fe? ¿Pueden ir al fondo de la comprensión quienes no reconocen la Revelación, no la tienen en cuenta o carecen del sentido eclesial? Sin embargo, para buena parte de la cultura profana, estos historiadores suelen ser considerados como especialistas en temas de Iglesia. En ocasiones esto ocurre porque

quienes se ubican como historiadores de la Iglesia no abordan esas cuestiones que no sólo son de interés de la cultura histórica, sino que constituyen aspectos no incluidos en los límites de la denominada Historia de la Iglesia. Ello nos hace pensar, a la luz de la problemática latinoamericana, que los límites de la Historia de la Iglesia, o en otros términos, el contenido de lo que debe abarcar una Historia de la Iglesia debe ser repensado.

Nuestra experiencia y el conocimiento de algunos de los trabajos salidos de los historiadores mencionados nos hace pensar que pueden estudiar con mayor perfección aquellas cuestiones vinculadas a la Iglesia como institución, pero no se hallan habilitados para entrar en temáticas más complejas de la Iglesia. Pocos son, por otra parte, los que se adentran en tales cuestiones, pues perciben que deben habilitarse con estudios previos que no se obtienen en escaso tiempo. Nosotros pudimos observar un caso que se ubica en esta última situación, al dirigir la investigación de una becaria de la Universidad de Jerusalén que investigaba el semitismo y antisemitismo en la Iglesia argentina. El tratamiento de la cuestión debió postergarse para entrar previamente en el estudio de la «Iglesia», estudio que por ser preliminar significó una dilación y, aun así, la becaria no pudo entrar en la profundidad de la cuestión, para quedarse sólo en lo externo del tema.

Habría que mencionar otros dos perfiles de historiadores de la Iglesia que han comenzado a asomarse a la historiografía de América y, si bien por el momento no alcanzan a formar un conjunto grande de historiadores, poseen la característica de haber ingresado en el intercambio cultural y circular por la vida académica. El primero de esos perfiles corresponde a los historiadores que se han lanzado a escribir las Historias generales de la Iglesia de América. No ingresaremos al análisis de dichos autores, pues ha de ser objeto de otra ponencia, pero señalamos que los mismos provienen, en ciertos casos, de algunos países europeos. No podemos ocultar que, a nuestro juicio, en uno y otro caso dichas producciones adolecen de imperfecciones nada fáciles de subsanar, pero tienen, en cambio, la virtud de ser los primeros intentos que ofrecen una visión sistemática y organizada del proceso histórico de la Iglesia en el continente. La empresa es difícil y sin duda ha de perfeccionarse en el futuro, debiendo reconocerse que las aproximaciones realizadas hasta la fecha son de indudable valor docente como síntesis y contribuyen a consolidar la conciencia latinoamericana de la Iglesia.

Ese historiador generalista, que enfoque la historia de un continente, que debe incluir los aspectos generales válidos para todos los países, sin de-

jar de atender a las situaciones regionales y las problemáticas particulares, que debe entrar en periodizaciones y abarcar un proceso temporal de no menos de cuatro siglos de presencia de la Iglesia, debe resolver arduas cuestiones, decidir aspectos epistemológicos y heurísticos de magnitud, lo que implica un tipo de historiador muy bien dotado intelectualmente y con una fuerte dosis de capacidad de síntesis y de didáctica. Es, por tanto, un perfil de historiador que no siempre corresponde con el que se ha dedicado a estudios puramente nacionales o concentrados en una temática o en una región. Indudablemente, se trata de un desafío que sólo pueden abordar quienes se ubican en una tradición universitaria y con una formación que trasciende al solo conocimiento de la historia de la Iglesia y requiere, por el contrario, una sólida competencia en los problemas latinoamericanos.

No podemos dejar de mencionar el otro perfil de historiadores de la Iglesia que corresponde a un grupo reducido, pero que, a no dudarlo, ha de acrecentarse con el tiempo. Nos referimos a los que escriben sobre Historia de la Iglesia de América sin ser propiamente nativos del mismo. Son los que escriben desde los Estados Unidos o desde algunos países de Europa. Estos historiadores generalmente no enfrentan una historia general del continente sino que, más bien, realizan estudios dedicados a determinados temas o épocas o períodos específicos. Estos aportes provienen de historiadores de tipo académico, están escritos con solvencia, rigor metodológico y solidez técnica. En algunos casos conforman estudios de tipo interpretativo, utilizando las fuentes que circulan en la historiografía, en tanto que, en otros, se trata de verdaderas investigaciones realizadas en fuentes existentes tanto en el continente como fuera de él. No obstante la calidad que estos trabajos manifiestan, podría observarse que no siempre dan prueba de una sensibilidad especial para captar en profundidad las cuestiones locales, así como tampoco pueden desprenderse de algunos esquemas teóricos que no siempre son válidos para el continente. Si estas cuestiones pueden considerarse de menor relevancia hay que reconocer que las obras y escritos provenientes de este perfil de historiadores es siempre recibido por los profesionales con alto interés.

Ya que nos hemos referido a los diversos estilos de historiadores, quisiéramos hacer mención de algunos factores que actúan sobre ellos aunque sea en forma indirecta. Dada la especial situación cultural de América, los diversos estilos de historiadores tienen una relación directa con la calidad de la producción historiográfica, lo que a su vez gravita en favor de una mayor o menor sobrevivencia de los aportes. Pero lo que merece desta-

carse es que se vincula también con el grado de recepción que la misma obtiene en el mercado potencial de lectores. Los escritos de historia de la Iglesia, sean monografías o libros, obtienen en el público profesional, en los intelectuales, en el mundo académico, una acogida favorable y hasta simpática, en la medida en que los escritos se hallan estructurados de un modo científico y respetan el rigor técnico en la investigación. La producción elaborada siguiendo estos criterios no tarda en incorporarse al círculo de los interesados, de los especialistas, cosa que no ocurre con los que son escritos de quienes no se plantean problemáticas atrayentes, novedosas y profundas y escriben para un público poco exigente, o si se quiere, para lectores piadosos o escasamente críticos. Una literatura histórica de divulgación, necesaria y conveniente para ciertos sectores, no influye en los ambientes universitarios y los sectores pensantes.

Sin embargo, no abundan las obras de divulgación ni tampoco el público católico se halla habituado a esa literatura. Tampoco la jerarquía y el clero en América ha sabido incentivar la producción histórica como forma de ilustración y formación cristiana. Los grandes públicos pertenecientes a la fe, no obstante constituir un mercado potencial muy grande, no ha sido objeto en esta materia, de estrategias pastorales específicas, de modo que la historia, un auxiliar vigoroso de la pastoral no ha merecido la consideración y el apoyo que necesita para motivar la presencia de un número elevado de cultores de esta especialidad. Ello, naturalmente, gravita negativamente ya que no constituye un estímulo para la vocación y la producción historiográfica referida a la Iglesia.

También es preciso mencionar, en relación con los estilos de historiadores de la Iglesia en América, que pueden darse dos modos de clasificar la producción historiográfica sobre la Iglesia, siendo una la que está dirigida casi con exclusividad al público católico, adecuada a su mentalidad, no exenta de cierto propósito piadoso o apostólico. En este sentido se alinean aquellas personas que escriben sobre la Iglesia de ocasión, las que lo hacen con cierta continuidad y las que tienen el oficio de escribir de Historia y de la Iglesia, pero cuya producción no ingresa en la categoría de investigaciones técnicamente sólidas y realizadas desde cánones renovadores. Están, en segundo término, los escritos de quienes, sin olvidar este público, se dirigen a influir en las corrientes historiográficas y por lo mismo escriben con rigor científico, plantean temas relevantes y no obran por una actitud apologética inicial.

### *El perfil del historiador de la Iglesia*

Con lo que llevamos analizado se desprende, hasta el punto de parecer innecesario destacarlo, que, salvo un pequeño grupo, la totalidad de quienes se dedican a temas vinculados a la Historia de la Iglesia pertenecen a la fe católica, lo que parece demostrar que indudablemente ella influye en la vocación, en la continuidad temática, en la capacitación teológica necesaria para enfrentarla, como influye en la elección de los temas y en los modos de tratarlos. Para quienes más se ocupan del misterio de la Iglesia, hacer la historia humana de la misma, descifrar de alguna manera los signos visibles de la historia de la salvación, se hace más compleja y dificultosa.

Finalmente es preciso agregar que, después del documento final aprobado por la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla, 1978, en donde el método histórico es introducido como un recurso de comprensión de la Iglesia en el tiempo del continente, la historia como un saber especializado ha comenzado a ser valorada con mayor esmero en los medios eclesiásticos y académicos católicos. El método utilizado en esa Conferencia se ha difundido y aplicado a numerosos documentos emanados de las conferencias episcopales y del magisterio episcopal. La enseñanza de la historia de las Iglesias nacionales ha comenzado a incentivarse, e igual fenómeno se observa en el interés de las Órdenes y congregaciones por su historia, lo que les permite recobrar una visión de sus orígenes y carismas, y fortalecer los rasgos de la singularidad que las caracterizaba. Esta experiencia ha producido una mayor demanda de saber histórico, tanto en el clero como en el pueblo cristiano, y ello implica la aparición de signos alentadores que han de gravitar en favor de una mayor y más sólida producción historiográfica en torno de la Iglesia latinoamericana.

Néstor Tomás Auza  
Madero 490  
1638 Vicente López (BsAs)  
Argentina